

# EVANGELIZAR la política



ESTOY pensando que quizá algunos lectores, al ver de qué va este artículo, pasen de largo porque hace ya bastante tiempo que están enfadados y hartos de la política y de sus profesionales. Imagino también el recelo de otros producido por la peculiar, y en general problemática, historia de la relación entre política y religión en la España contemporánea. Por mi parte, me pregunto si seré capaz de aportar algo positivo en un escenario político tan tenso como el que padecemos. Aun con todo, me propongo sugerir desde la perspectiva propia de esta sección, que es la evangelización, algunas actitudes y planteamientos de la enseñanza social de la Iglesia que hoy valoro como particularmente útiles.

La política es necesaria y muy importante porque su misión es dirigir la vida pública de una sociedad. Si aspiramos a que no sea la ley del más fuerte la que nos gobierne la vida en común, necesitaremos organizarla de otro modo, contando necesariamente para ello con la participación de todos los afectados, que son sujetos

conscientes y libres. Para cumplir esta misión la política cuenta con un entramado de instituciones, leyes, administraciones, partidos, mecanismos de control recíproco, grupos de opinión, organismos internacionales, ideales, programas y valores, movimientos y asociaciones de la sociedad civil, elecciones y referéndums... La razón de ser de todo ello es que los intereses de la ciudadanía y de los colectivos, que evidentemente rivalizan y no se ajustan automáticamente, puedan llegar a armonizarse.

Hay que reconocer que tal sistema político participativo puede parecerse un conjunto denso, incluso opaco, confuso en sus interacciones y bastante absorto en sus conflictos internos. Aceptando esto, creo que deberíamos evitar que el actual descrédito de la actividad política, comprensible en muchos casos, nos conduzca a fantasear con una hipotética sociedad «sin política», regida por personas o grupos carismáticos que provistos de recetas simples para problemas complejos y apoyados más en sentimientos que en argumentos, podrían gobernar la vida común sin conflictos.

Desde el punto de vista de la evangelización, debemos tener en cuenta la intensa repercusión que la dinámica política tiene en las condiciones de vida de las personas y los colectivos. ¿Cómo los cristianos y la Iglesia no nos vamos a interesar por comprenderla y por aportar decididamente su discernimiento y sus propuestas? Nada humano nos es ajeno, y mucho menos aquello que tanto afecta al cuidado eficaz de la dignidad y el bienestar de las personas. Así lo dice magistralmente el Concilio en las primeras líneas de *Gaudium et spes*: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón».

La caridad, que desde siempre ha sido uno de los pilares de la vida cristiana, tiene una dimensión política. Practicar hoy la parábola del buen samaritano nos impulsa, como siempre, a la proximidad efectiva a quien nos necesita, pero también, ahora que conocemos mejor cuáles con los que mecanismos provocan o agravan esas necesidades, nos impulsa a denunciar y cambiar las

## Es prioritario salvar al que se ahoga, pero es ineludible reparar la barandilla rota que le hizo caer al agua.

estructuras que excluyen por otras más inclusivas. Es prioritario salvar al que se ahoga, pero es ineludible reparar la barandilla rota que le hizo caer al agua.

Siempre hay voces desde fuera de la Iglesia, y también desde dentro, que exigen el retraimiento de los cristianos y de la Iglesia en las sacristías. Se trata de reducir el cristianismo al culto y al ámbito de la conciencia, dejándolo sin visibilidad pública, negándole la posibilidad de participar en el debate político abierto, reconociéndole, como mucho, cierta legitimidad para continuar asistiendo a los necesitados. ¿Cómo podríamos aceptar semejante mutilación del evangelio?

Así lo rebate el papa Francisco: «Nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos. Una auténtica fe –que nunca es cómoda e individualista– siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es

nuestra casa común y todos somos hermanos» (*Evangelii gaudium* 183).

La imagen de la actividad política que los medios y las redes nos transmiten es parcial,

la experiencia nos dice que no todo es corrupción o incompetencia. En la política ha habido y hay muchas personas y frutos dignos de reconocimiento público, no deberíamos olvidarlo.

Dicho esto, resulta evidente que, en Occidente la política está pasando por una fuerte crisis motivada por varios factores como la globalización, la desafección social, la supeditación a poderes económicos incontrolados, la emergencia de los populismos, la dificultad para renovar ideales y programas... Para que todos estos cambios puedan afrontarse positivamente es urgente señalar los valores tóxicos que desfiguran la política entendida como servicio: olvidarse del bien común en función del bien de algunos; aceptar cualquier medio con tal de obtener, o de conservar, el poder; divinizar el mercado como regulador intocable de las relaciones económicas; manipular la información con mensajes intencionadamente confusos o parciales; permanecer indiferentes ante la exclusión de colectivos, países y continentes; fomentar más la rivalidad y el triunfo que la colaboración y el pacto. También la política puede ser evangelizada.



**«La tierra es  
nuestra  
casa común y  
todos somos  
hermanos»,  
papa Francisco.**